



LA DISOLUCIÓN DEL CUERPO

Prólogo de Sara Uribe

Nidia Cuan • Alisma De León • Mónica Flores Lobato • Abigail García Salinas
Lolbé González Arceo • Catalina Kühne Peimbert • Karla Marrufo • Graciela Ramos Domínguez

Tranvía Colectivo

LA DISOLUCIÓN DEL CUERPO



LA DISOLUCIÓN DEL CUERPO



Nidia Cuan

Alisma De León

Mónica Flores Lobato

Abigail García Salinas

Lolbé González Arceo

Catalina Kühne Peimbert

Karla Marrufo

Graciela Ramos Domínguez

Prólogo de Sara Uribe



*Licencia Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada3.0
Se permite la copia, ya sea en parte o del conjunto de la edición,
en cualquier formato mecánico o digital, siempre y cuando no se
use para fines comerciales, no se modifique el contenido de los
textos, se respete y mencione su autoría y esta nota se mantenga.*

*La disolución del cuerpo
© Tranvía Colectivo Ediciones*

*Editado por Alisma De León
Diseño de portada: Rodrigo Téllez
Imagen de portada: Steve Johnson
Diseño de interiores: Verónica Leal*

Hecho e impreso en México

REESCRIBIRNOS DESDE NUESTROS CUERPOS

Sara Uribe

¿De qué hablamos cuando hablamos del cuerpo?, se pregunta la teórica literaria española Meri Torras: Nos escribimos en el cuerpo y, a la vez, el cuerpo nos escribe. ¿Qué dice nuestro propio cuerpo de nosotros/as? ¿Qué potestad o control tenemos sobre su relato? ¿De qué o de quién depende?

Las escritoras de esta antología se otorgan a sí mismas la potestad de construir sus personalísimos relatos sobre el cuerpo, específicamente el femenino, para, a través de estas narrativas, replantear y cuestionar la agencia que tenemos las mujeres sobre nuestros propios cuerpos: para producirlos o reconfigurarlos. Así, el cuerpo femenino se nos presenta en este volumen de cuentos ya sea como un artefacto o maquinaria factible de ser sujeta a un proceso de montaje y desmontaje: a una autocuraduría anatómica y estética; como una pertenencia efímera del yo, un envase desechable que sólo nos sirve para sobrevivir; como un reflejo de lo que somos y que nos

impide vernos en el espejo, que nos avergüenza, que nos hace desear ser otras y, de hecho, convertirnos en otras; como versiones aleatoriamente mejoradas de sí mismo: un cuerpo que se vuelve más fuerte, una mirada que es capaz de desentrañar las emociones obnubiladas de los otros, un par de piernas que se deshacen de los jeans para lucirse a sí mismas y salir a bailar bajo un vestido; como el medio para la obtención de una belleza medida por el criterio de los demás: un canon que implica esfuerzo y sufrimiento, pero que trae consigo todas las falsas bondades de la aceptación social.

Las mujeres de estos relatos poseen cuerpos ensamblables y rearticulados, cuerpos-vehículos que fungen como recipientes de su identidad; cuerpos definidos, juzgados y excluidos por su forma: cuerpos gordos en el centro de una alberca que se obligan a sí mismos a nadar sin auxilio de ningún flotador para poder vencer sus miedos; cuerpos que transmutan su naturaleza humana a una arbórea, ramificada; cuerpos que se niegan, de manera definitiva, a dejar que el devenir inscriba su huella de deterioro sobre su piel. Pero también, cuerpos abiertos a la abyección y la tortura, cubiertos apenas por jirones de tela, abandonados en terrenos baldíos: cuerpos bajo el blanquecino resplandor de la luz que los ilumina en una camilla de la morgue; cuerpos que son descritos mediante un formulario para su identificación oficial, de los que sabemos su edad, su tipo de cabello, de ojos, de

nariz, de boca, lo que llevaban puesto, su estatura y su complexión, pero de los que no sabremos nunca su paradero.

En un país donde tantos y tantos cuerpos han sido literalmente disueltos a manos del crimen organizado y del Estado, que no son sino ya una misma entidad, la disolución del cuerpo a la que aluden estas ocho narraciones da cuenta de cómo es que el cuerpo femenino afronta las muchas formas de violencia: ya sea la que se ejerce directa, físicamente sobre él, como la violencia feminicida, pero también aquella sistémica del capitalismo a través de estándares inalcanzables, horarios de labores extenuantes y los ritmos y adicciones consumistas propias del neoliberalismo.

Algunas de estas mujeres consiguen fraguar una suerte de salida de emergencia que implica siempre una transformación, un dejar de ser lo que eran para volverse alguien o algo más. Otras parecen más bien quedar atrapadas en sus circunstancias y sin embargo son capaces de, incluso en esas condiciones, tender redes o lazos con otras mujeres, o al menos consigo mismas: las del presente, pero también las que fueron en su pasado o serán en su futuro.

En mi caso, la primera vez que decidí ser otra, después de una ruptura amorosa, pesaba noventa kilos. Creí que para ser otra tenía que ser interiormente, pero también físicamente Otra. Pienso en todas las veces que me

corté o me dejé largo el cabello, en todas las ocasiones que reinventé mi estilo de vestir para tratar de ser otra. Pienso en todos los kilómetros que caminé para alejarme de mí misma, para perder lo que juzgaba que sobraba de mí. No creo ser muy diferente de las mujeres que estos cuentos nos describen. A veces, también quisiera poder cambiar no sólo mi aspecto físico, sino mis órganos: un nuevo colon y nuevo estómago para no padecer colitis ni gastritis. Un vientre más plano, unas piernas y unos brazos menos gordos y más torneados. Ser un poco más alta y tener una mejor condición para poder correr y no sólo caminar. Una figura más esbelta para usar vestidos sin sentirme inadecuada. Y a veces, sólo deseo, como muchas otras mujeres, que mi cuerpo permanezca a salvo de todo aquello que lo amenaza.

Es éste un libro que sin lugar a dudas nos hace pensar en nuestro propio cuerpo. Sus textos nos confrontan con nuestras frustraciones e impotencias respecto de éste, con nuestros anhelos y deseos; pero también con nuestro historial de modificaciones que hemos infligido en él y que nos ha convertido en quienes somos en el ahora, es decir, con cómo lo que le sucede a nuestro cuerpo nos cambia para siempre.



YA NO ME QUEDAN OJOS AZULES

Catalina Kühne Peimbert

Un jueves por la mañana me amanecí con esa mala noticia.

Sólo uno. Estaba segura de que el penúltimo lo había dejado en su envase, junto con el otro, como es lógico, pero cuando lo abrí para ponérmelos no estaba. Lo busqué debajo de la cama, en la ranura que se hace entre el tapete y la pared, incluso entre los ojos de otros colores, ya me había pasado que se confundiera con los verdes, pero no.

Pensé con terror en la posibilidad de que se lo hubiera comido el gato.

No podía ir a trabajar con un ojo de uno y otro de otro. Ya de por sí me consideraban la excéntrica de la oficina, solo porque aún no me cubría los dientes de perlas.

Me costó mucho tiempo aprenderlo, pero no todas podemos convertirnos en el mismo bolero.

Traté de no perder la esperanza. Apliqué el típico procedimiento de regresar en el tiempo, desandar mis pasos, hasta volver al momento justo en que dejé de verlo.

Ayer saliendo de trabajar, fui al bar como todos los miércoles por la noche, con el exnovio de los miércoles por la noche, a decirle, igual que todos los miércoles por la noche, que no podía volver con él, que no era falta de cariño, pero era por su bien, que ya no soy la que era.

Si supiera, no se volvería a aparecer en el bar. No se lo cuento porque necesito hablar con alguien que me mire con esos ojos originales y me recuerde cómo es sentirse deseada, querida, alguien que me diga:

—Hoy te pusiste los ojos azules, ¿verdad? Me gustas con todos, pero con esta luz, estos te hacen ver muy guapa.

Aunque me queje, para mí es una suerte que ahora todo se pueda comprar por partes. Este globo ocular era otro menoscabo de una larga lista.

Me coloqué las pantorrillas torneadas, mucho más apropiadas para la falda corta que llevaba, que las alargadas de la noche anterior. El chasquido que produjeron al embonar con mis rodillas, me recordó que ya no somos más que muñecas de piezas intercambiables.

El mayor problema es el almacenamiento. Las modas cambian en un abrir y cerrar de ojos y a veces te las tienes que ingeniar para deshacerte de dos cajones llenos de tetas pequeñas y puntiagudas que resultan anacró-

nicas y no dejan lugar para la nueva tendencia del tipo vaca lechera.

Se supone que por ser material orgánico es absolutamente reciclable, pero no nos hagamos: todas hemos quedado en ridículo apareciéndonos en una boda con una nariz de segunda mano.

La cuestión es que, el miércoles por la noche en el bar, traía los dos ojos bien puestos. Y ni cómo echarle la culpa al alcohol. En cuanto le entramos a la mecánica de las partes de fantasía, está terminantemente prohibido tomar, por razones médicas.

Muchas ignoramos esa recomendación, pero jamás en público. Lo que la gente piense de una es todo: “como te ven, te tratan”.

Por años creí que algo de razón había en ese dicho, que la apariencia era una manera más fácil de mostrar cómo era y cómo me sentía, sin necesidad de explicarlo. Otra forma de expresión. Ahora no lo tengo tan claro.

Mi ex no lo creía en absoluto. Decía que él prefería tomarse unas cervezas sin preocupaciones y dejarles el asunto de la belleza a las mujeres. Casi todos los hombres pensaban igual, los que recurren a las modificaciones lo hacen mucho más discretamente y si son descubiertos les llueven críticas y burlas de los demás.

Si se pueden cambiar los bíceps ¿por qué no el pene minúsculo con el que seguro nacieron?

Cuando hablan del tema lo hacen desde la superioridad moral de las cuestiones de vida o muerte.

—Es que si lo piensas un poco es absurdo, frívolo. Si se tratara de una cuestión de salud, te lo paso. Cambiar de hígado por culpa de un cáncer, por ejemplo.

Como si no supiera que eso se da por sentado, con la ventaja de que el seguro lo cubre por completo. Sin duda es absolutamente de primera necesidad. Y es que por más fácil que se haya hecho conseguir un hígado nuevecito, sacado de tu propio cultivo de células madre, siguen siendo un poco caros, aun con la drástica disminución del alcoholismo.

Es raro que no dueres con el mismo hígado o páncreas toda la vida, pero hay de todo. El récord lo tiene una mujer del Líbano que cambió el suyo diecisiete veces, hasta que reventó de tanta operación. “Hígado recontra grasa crónico” su condición.

La vejez y la enfermedad no perdonan.

El cuerpo evoluciona y las dolencias también. Siempre habrá un padecimiento capaz de destrozarlo todo.

Como el mío.

No lo sabe mi ex y no lo sabe nadie. No me conviene. Está mal visto enfermarse.

A nivel profesional te acaba, aunque está prohibido por la ley que te traten diferente por motivos de salud, la verdad de las cosas es que los jefes y los compañeros de trabajo empiezan a fingir que no existes y logran que, de

una forma u otra, acabes por desaparecer; socialmente se te atribuye una especie de responsabilidad, por no decir culpa o hasta deseo. “Algo habrás hecho para merecer tal castigo”, lo cual no me importaría de no ser porque repercute justamente en el seguro médico y yo lo necesito más que nunca.

Además, no conozco a nadie que tenga lo mismo. No me quiero convertir en un fenómeno de circo.

Fui considerada una bebé “normal”, sin más conciencia que la necesaria para satisfacer sus necesidades básicas. El cuerpo me servía solamente para vivir.

Solamente. De haber sabido.

No pasó mucho tiempo para que mi mamá y mi abuela decidieran convertirme en su muy personal juguete. Una muñequita simpaticona, gordita y babeante, sin posibilidad alguna de defenderse, incluso si algún día la disfrazaban de calabaza para la noche de brujas.

A medida que pasaron los años, más que molestarme, me involucré gustosa, era divertido envolverse en telas y lazos de colores pastel, pasar el día cubierta de flores como un hada, un ángel, ¡una princesa! ¿Y qué decía con eso? Que era una buena niña.

Todo el mundo encantado.

Tanto, que cuando sentí la primera punzada en la espalda, no me preocupé. Pensé que era un nuevo aspecto de la vida al que había que habituarse como a todo, y así, sin más preámbulos, el dolor llegó para quedarse.

A veces se me olvidaba, pero otras, no podía pensar en otra cosa. Aquel punto del tamaño de la cabeza de un alfiler que se expandía conquistando cada milímetro de mi cuerpo algo tenía de fascinante.

Pero igual que ahora, no dije nada. Estaba muy ocupada reclamándole al espejo su primera traición. Aquella garrocha con lentes y frenos enfundada en un vestido de mangas bombachas ribeteadas de encaje, no representaba en absoluto lo que yo era. Por primera vez me fijé en mi envase y me parecía territorio desconocido, se estaba transformando muy rápidamente. No sólo éramos extraños, lo odiaba. Pelos y grasa donde antes todo era liso y suave.

Pero no padecí por mucho tiempo, no tuve que someterme como todas las mujeres de mi familia a dietas, ejercicios y tratamientos engorrosos. Soy de la primera generación que pudo diseñar su cuerpo en una computadora e imprimirlo por partes en tres dimensiones.

Justo en la edad en que estaba desesperada por pertenecer y por escandalizar a mi mamá, la ciencia me trajo las herramientas perfectas para lograr ambas cosas.

Por supuesto, no se trataba de una ganga, pero mi familia tenía los recursos y yo trabajé toda mi vida como una enajenada para darme esos gustitos. Muy mi libertad de elección. Bueno, casi, porque no era como que cada quien pudiera hacer lo que se le ocurriera. Había reglas y límites, modelos, patrones, promociones, ideales para

mí, una joven que por esas mismas épocas descubrió también el deseo de ser vista, tocada, penetrada. Y según la mercadotecnia, era mucho más fácil conseguirlo si se hacía caso de lo que dictaba el catálogo.

Todo era poco para ser más guapa, más alta, con una nariz más respingada o unos labios más carnosos y sensuales.

Después casi un vicio, tener, por ejemplo, todos los modelos de pies posibles, delgados y largos, gordos como tamalitos, pequeños como muñeca china, hay fetiches para todo. Era divertido cambiarme de forma continuamente según me cambiara el estado de ánimo.

Así como coleccioné pies, coleccioné hombres. El placer, vaya casualidad, también se expandía desde un punto hacia todo el cuerpo y también me obsesionó por años.

Y el dolor seguía ahí, todos los días, a todas horas, pero era soportable, me acostumbré a él, como a un compañero un poco molesto, pero bastante silencioso. Y cuando le daba por querer decir algo lo callaba a punta de analgésicos.

¿Fueron demasiados? ¿Exageré en los implantes? ¿O era un asunto congénito?

No lo sé, pero un día mientras me lavaba las manos, se me desprendieron los dedos uno a uno. Perdí un meñique que se fue por el desagüe, la primera pérdida de mu-

chas. Mi cuerpo empezó a rechazar aquellos fragmentos que no le pertenecían.

Podía pasar en cualquier lado. Estar en la cola del súper, oír un ruido seco para agacharme y encontrarme con mi rodilla izquierda a punto de ser trapeada, perder la oreja con todo y arete en el elevador de la oficina y lo más grave, ver cómo rodaba una de mis tetas en pleno acto amatorio.

Poco a poco aprendí a reconocer cuándo aquello iba a pasar. Empezaba por una punzada en la espalda, la que siempre había tenido, después, un adormecimiento en la zona que iba a escupir algún girón de mi cuerpo y finalmente sucedía.

Desde entonces me convertí en una mujer constreñida y reservada sin más interés que ir rellenando mis huecos.

Pido los faltantes como si se siguiera tratando de un asunto estético, para no perder puntos del seguro cuando pase algo más grave, para que nadie se entere, para que nadie me juzgue.

Por supuesto mi economía se fue a pique y mi vida sexual se acabó. No quería arriesgarme.

Por más que todos los miércoles en la noche me insistiera el exnovio, por más ganas que tuviera de decirle que sí, más para contarle lo que me pasaba, más para dejar de fingir por un minuto algo que no soy, pero no, ya me había hecho a la idea de que era imposible.

Así pues, ese jueves por la mañana, lo único que me interesaba era encontrar el pinche ojo celeste. Eran los más caros. Salí al pasillo a ver si de casualidad me lo encontraba tirado en el tapete. Recordé que al llegar había tropezado con la vecina y que no sólo no me pidió perdón, ni siquiera me saludó. Me hice el propósito de reclamarle en cuanto tuviera oportunidad, tal vez en ese preciso momento. Me dirigí a su apartamento y toqué el timbre, justo en el quicio de la puerta tropecé con algo. Al agacharme encontré un dedo meñique blanquísimo con la uña pintada de rosa. Mi vecina me encontró en bata sosteniendo su dedo entre mis manos de utilería.

—Hola, creo que se te cayó anoche.

Se le desencajó la cara. Por un momento pensé que se le iba a derrumbar a pedazos, pero me levanté el mechón del fleco para dejar a la vista la cuenca vacía de mi ojo perdido.

—Así pasa.

Nos abrazamos en silencio.



TESTIMONIOS DEL INTENTO

Abigail García Salinas

Intentamos, el universo es testigo de que siempre lo intentamos. Ser mejores personas, mejores empleadas, mejores madres. Mejores mujeres. Y en la frustración de no alcanzar la meta deseamos ser otra, la que parece que no necesita esforzarse, la que tiene todo bajo control, la que no precisa de otros y se basta a sí misma, sin saber que esa otra también desea que llegue el día en el que no sea requerido intentar más, para ser ella misma, para no querer ser ninguna otra, y no se da cuenta que es una y a la vez todas.

Nati (1971)

Siempre he sido robusta, pero eso nunca me había importado. Desde muy chiquita fui “la gorda” de todos los lugares a los que iba. Pero lo que de verdad no me gustaba, lo que de verdad me hacía llorar y no querer verme ni de reojo en el espejo, eran mis brazos. Los veía como

una masa cruda y porosa que me pesaba en el cuerpo y en la autoestima. No podía mostrarlos, me avergonzaban demasiado. Ni siquiera me atrevía a extenderlos cuando se trataba de levantar la mano, bastaba asomar la puntita de los dedos para decir “Yo”.

Mi transformación comenzó cuando, hace poco, decidí tatuarme una diminuta estrella en la punta del hombro derecho. Me acusaron de inmadura, de ridícula y demasiado vieja para decisiones así. Dijeron que era algo inapropiado y sin sentido. “Es para mí”, pensé, “es para disfrutarlo yo, no importa que nunca enseñe los brazos y nadie vea mi pequeñita estrella”. Pero luego de tatuarme, me veía al espejo, veía la estrellita en mi hombro y podía sentir el brillo y el calor de un astro cercano. Entonces quise más de eso. Días después, volví ansiosa al estudio de tatuajes y le pedí a la tatuadora que diseñara una galaxia para llenar mi brazo derecho. Regresé a casa con la manga de mi camiseta enrollada, mostrando los colores hinchados de mi renovada masa cruda.

El cambio lo noté hasta que la gente comenzó a quejarse de la fuerza con la que los saludaba. En una ocasión hice pedazos, sin querer, un florero de cristal que me regalaron, en otro momento pulvericé un cacahuete tratando de tomarlo con la pinza de los dedos. Y así un montón de situaciones raras que involucraban mi brazo derecho y una fuerza que Dios sabe de dónde salía. No sé bien en qué momento ocurrió la magia pero era

controlable e inofensiva. Hasta que se me ocurrió acudir de nuevo con mi tatuadora y le pedí flores para mi brazo izquierdo, de todo tipo de flores: rosas, margaritas, girasoles, orquídeas, tulipanes, lirios, amapolas, violetas, crisantemos, jazmines. Un jardín multicolor para mi brazo izquierdo.

La fuerza se multiplicó, con ambos brazos puedo ahora cargar el doble de mi peso. Sí, el doble, y vaya que soy bastante pesada. Olvidé los complejos y mis brazos empezaron a servir de algo a otros: aproveché mi extraña habilidad para colaborar con el cuerpo de rescate de mi ciudad.

Julieta (1982)

Lo más difícil del estrabismo, o al menos en mi caso, es que la gente no puede verte a los ojos. Desvían la mirada, se agachan, le hablan al aire o a la pared, por miedo a verte inapropiadamente. Y llegas a sentirte solo porque nadie en realidad está hablando contigo.

Un día estaba sentada en una banca en la facultad, esperaba la entrada a mi siguiente clase cuando llegó un muchacho, se sentó junto a mí y me preguntó la hora. “Disculpa, ¿qué hora tienes, guapa?”. Él observaba mi perfil esperando una respuesta, se le borró la sonrisa cuando lo miré de frente para responderle: sus ojos bus-

caron disimular en alguna parte alejada de mi rostro. “Gracias”, dijo, se levantó y se fue. A unos metros, lo esperaba un grupo de muchachos que lo recibieron entre risas y palmadas burlonas.

Pensé cosas horribles, quise aplastarlos. Una basurita y algo de polvo me impidieron contener el llanto. O eso me dije para no aceptar que deseaba llorar con todo el coraje de mi ser. Avancé a tropezones y llegué a los sanitarios para enjuagarme los ojos y entonces sucedió por primera vez: había una chica fumando sentada en los lavabos, me acerqué a su lado buscando las toallas de papel para secarme el rostro y nuestras miradas se cruzaron. Traté con toda mi fuerza de verla fijamente a los ojos, retándola a voltearse, pero no lo hizo. Nos miramos un largo rato hasta que la ceniza de su cigarro le cayó en la pierna. Se sacudió en un gritillo, volvió a mirarme y comenzó a llorar.

Me arrepentí de mi comportamiento, traté de consolarla, “¿en qué te ayudo?, ¿te hicieron algo?, ¿quieres que llame a algún amigo?”. La chica tardó una hora y dieciocho minutos en dejar de llorar, no pude irme de su lado hasta verla calmada. Cuando por fin cesó su llanto, me contó que llevaba meses con una pesadez en el pecho y una tristeza que no la dejaba dormir, ya había reprobado varias materias y daba por perdido el semestre, su madre la había corrido de casa y el que era su novio, a quien dejó por maltrato, la humillaba en público cada

vez que coincidían. No le di ningún consejo, yo soy torpe en las relaciones sociales, no podía decirle nada, ¿con qué cara? Sin embargo, nos despedimos con un abrazo y la sentí llena de agradecimiento. Su mirada en calma correspondió a la mía al despedirse y me sonrió. Muda, la vi alejarse con apenas tiempo para decirle adiós.

Desde entonces, todo aquel que me mira a los ojos se desploma en emociones que necesita desahogar. Siempre ando con el tiempo sobrado, por si acaso me topo en mi camino a alguno. Desde la niña que no encuentra razones para que sus padres no puedan estar juntos, hasta el anciano que no puede vivir con la tristeza de que ninguno de sus muchos hijos lo visite. Me gusta pensar que tengo una de esas miradas que traen consuelo y que en ella todo lo demás desaparece, incluso mis propias penas.

Ana María (1962)

Uno no espera terminar así, se cree que estos trabajos son temporales, en lo que consigues algo mejor. De repente pasan cinco, diez, quince años y no te sabes otra, ya no te puedes hacer pa'ningún lado.

Yo de chiquita tenía hartas aspiraciones. A los nueve quise ser basquetbolista, hasta que un día, en la cancha de la primaria, di un salto para encestar y ¡jaz!: fractura

de tobillo. A los 11 entré a la rondalla por las clases de guitarra, la “dedos cortos”, me decían mis compañeros; no aprendí más que el círculo de sol. Cuando cumplí 15 ya había pasado por todos los cursos del centro comunitario: gimnasia rítmica, ballet, karate y flamenco. Hasta clases de repostería, taquimecanografía y unas cuantas de corte y confección. Luego, de chiripa terminé el secretariado porque no pasé el examen de enfermería.

Me salí de mi casa a los 21 pa'irme a vivir con el más guapo del barrio. Ahí le paré a la soñadera, uno tiene que dejar de soñar cuando le llega la adultez de chingazo. Pero el guapo del barrio fue a comprar cigarros, como dicen, y en el camino se encontró a otra, me dejó con tres chiquitas. Así que me crecieron las ganas de hacer algo con mi vida.

Empecé un curso de computación e inglés, estaban de moda en ese entonces, hasta regalaban becas y todo eso. Lo dejé a medias porque el patán de mi ex me condicionó la pensión de las niñas, eso de estudiar le parecía una excusa mía pa'la putería. Me puse a buscar trabajo y así llegué a esta oficina. Pero hoy, si quisiera otra cosa, a mi edad, ya no está fácil. Los mejores puestos los tienen las bonitas, las jovencitas, las que andan con el pico colorado contoneándose en tacones delgaditos y pelo plancha'o. Así era yo: morena de pelazo largo, chaparrita pero de buena pierna y nalga parada. Cómo no me iban a dar trabajo si daba el gatazo y se me notaban las ganas de

chambear. Pero eran otros tiempos, todavía usábamos máquinas de escribir y archivábamos en cajoneras que parecían edificios. Y hoy, pues pasa que yo no soy bruta, le muevo rebién a la computadora y esas cosas, pero pues uno se obsoleta aunque no quiera.

Yo quería seguir estudiando, terminar una carrera en serio, sabía que sólo así podría conseguir un mejor sueldo. De por sí la vida es cara, cuando una está “sola” todo se pone más difícil. Nomás que para pagarme una carrera yo necesitaba más dinero y pus preferí invertir lo poco que ganaba en el estudio de las güercas. En fin. Yo sigo aquí, ganando lo de apenas, y ellas no andan batallando: la mayorcita es contadora y le va bien, la chiquilla es abogada pero se casó y el fulano no la dejó trabajar, al menos la mantiene el muy cabrón mujeriego, y ella tiene que aguantarse. La de en medio, bueno, la de en medio me salió feminista y anda ques’que haciendo activismo de no sé qué, total, ni me pide ni me quita, yo nomás la aconsejo pa’que no acabe tan mal.

Yo de perdido tengo asegurada mi pensioncita pa’cuando me jubile, así no pedirle nada a nadie cuando ya esté muy viejita y no pueda trabajar. No que las güercas que llegan en estos tiempos a pedir trabajo, les levantas la voz tantito y se andan quejando, o dejan la chamba tirada ques’que por el mal trato. Ni aguantan nada. Iiinche’s milenials, dicen aquí.

Ya nomás unos añitos más y podré disfrutar de mi sueldo, cuando termine de pagar mi casita del infonavit. A ver si ahora sí se me hace ir a Cancún, o de perdido a Acapulco, a conocer el mar y ver el atardecer en la playa. Aunque bueno, ya no tengo cuerpo para traje de baño, nomás quiero asolearme los chamorros y requemarme lo hombros. Mientras, me conformo con unas cervecitas cada quincena, ahí solilla en el patio de la casa o con la vecina, que a veces se escapa del marido para echar chisme y entre más me cuenta de la vida de los otros vecinos, yo me olvido de tanto pinche delirio de grandeza.

Aledis (1987)

Eran sus piernas. Las reconocieron por un lunar en la derecha y la cadenita de plata en el tobillo izquierdo, llevaba una medalla de San Benito que le regaló su mamá. Quién lo diría: Aledis a diario pensaba en cambiar sus piernas por otras: unas más tonificadas, menos gruesas, más firmes, más fuertes, menos pálidas, más largas. Más bonitas.

Poco después de su cumpleaños número nueve, Aledis sintió por primera vez vergüenza de su cuerpo. Iba a la escuela, con su uniforme deportivo y su pesada mochila a la espalda. Un hombre, el papá de una vecinita que además era su amiga, le chistó y le dijo cosas que Aledis

creyó que no eran para ella, no podían ser para una niña de nueve años —pensó— pero no había nadie más en la calle. Ese día sus muslos empezaron a avergonzarle.

Con los años, dejó de usar pantalones cortos, vestidos o minifaldas. A menudo se sentía fuera de lugar como la única entre sus amigas envuelta en *jeans*. Cada vez que iban al antro, a fiestas o al cine, solía probarse lo que ellas le ofrecían prestado y terminaba con el amor propio peor que en el suelo, anhelando en silencio tanto el guardarropa como la autoestima de alguna de ellas.

Su baja estatura y su cadera ancha siempre le parecieron el castigo o la maldición de su abuela, de quien heredó la figura, por todas aquellas veces que ignoró su advertencia de llegar virgen al matrimonio. Pero desde niña Aledis supo que su cuerpo de mujer le traería problemas, con su primer periodo se dio cuenta que no sería fácil.

—La niña ya es señorita —escuchó a su madre contar a su padre.

—Vas a tener que cuidarla mucho —contestó él, con el rostro desencajado y la voz agravada, como si se tratara del peor presagio familiar—, que no ande por ahí de loca con los chamacos.

Esa última frase se quedó tan marcada en la memoria de Aledis que pasó muchas noches preguntándose si no habrá sido desde niña una loca de esas que los hombres

no toman en serio y que no merece respeto ni un buen esposo.

Cuando decidió por fin que le apetecía mostrar sus piernas de vez en cuando, se palmeó los muslos y vistió su mejor vestido, perfecto para bailar salsa –pensó– y buscó a sus amigas para salir de fiesta.

Esa noche, un hombre se fijó en Aledis. Fue el cabello largo lo que llamó su atención, la vio bailando con las otras chicas, se imaginó a sí mismo enrollando su brazo en la coleta castaña, notó el color del vestido y el de los tacones. Notó las piernas. Las piernas... no le gustaban tanto: eran demasiado gruesas, poco firmes, muy pálidas, bastante cortas, pero eso se arregla –pensó– y mandó una bebida a la mesa donde estaba el grupo de amigas, con una invitación exclusiva para ella.



PATADA AL HÍGADO

Lolbé González Arceo

Es lunes por la tarde y Matilde escribe en su diario *Lista de personas que me patean el hígado*. A continuación, anota tres nombres: Mónica, Mariacristina y Pamela. Sin números ordinales, porque la ofensa de una pesa lo mismo que la ofensa de las otras. Sin viñetas en forma de flor, porque esta no es una lista festiva. Siete páginas atrás figuran los mismos nombres, la única variación es el título, que aquella vez había sido *Mejores amigas de la escuela*.

Matilde escribe diarios porque tiene la idea de que documentar su vida a detalle le ayudará a establecer un vínculo entre ella, Matilde de diez años, y la Matilde del futuro. Que así evitará caer en la desmemoria adulta que tanto le patea el hígado.

“Me patea el hígado” es una expresión que se ha asegurado de poder utilizar porque no incluye ninguna palabra que sea un insulto. La descubrió una tarde cuando la pronunció la tía Ana para referirse a la tacañería de su esposo. Matilde le dio vueltas a la expresión y la consi-

deró adecuada tras imaginar la mezcla de dolor y coraje que puede producir un golpe intencional a la altura del estómago.

Matilde lleva una década anhelando ser guapa pero siempre acaba con la odiosa sensación de estar a un paso, de no llegar a lograrlo. Mónica y Pamela, empata-das en segundo lugar de belleza después de Mariacristi-na, suelen decirle:

—Ay, Matilde, pero si no eres tan fea como Helena ni como Carmen, ¿de qué te quejas?

—Además, eres la estudiosa, siempre quedas en el cuadro de honor.

Matilde no contesta nada pero se llena de rabia cada que esas dos sacan a relucir lo del cuadro de honor, ¿qué tiene que ver una cosa con la otra?

Matilde quiere tenerlo todo aunque todavía no sabe muy bien para qué. Sospecha, sin embargo, que las guapas lo tienen más fácil porque todos las quieren. Que ellas encuentran pocos motivos para llorar, que tienen una especie de pase directo para la vida feliz con perro incluido.

A la Matilde de diez años le preocupa quedar en ver-güenza con la Matilde del futuro y por eso suele darse licencia para alterar algunos de los datos que anota en el diario, todo con el afán de guardar cierta coherencia. Esta vez, sin embargo, olvida la coherencia porque está furiosa. La Matilde de ahora quiere arrancar cabezas: en-

lodar la mochila nueva de Mónica, encerrar con un plumón negro cada uno de los diecisiete lunares de la cara de Mariacristina y decirle a Pamela que le mintió, que su disfraz de *halloween* era ridículo y estúpido en muchos sentidos.

Todo empezó el fin de semana anterior, cuando viajó a Cancún con su familia para pasear y visitar a un tío. Ahí, bajo el influjo del eterno carnaval de esa ciudad turística, se empeñó en que le llenaran el cabello de trenzas. Aquella exigencia salió carísima porque era un lujo reservado para las niñas gringas por lo general y las trenzadoras caribeñas cobraban en dólares. Fue así que Matilde invirtió tres semanas de gastada y cuatro horas de su vida en aquel trenzado.

La mujer le jalaba los cabellos con saña mientras le decía por octava o novena vez *tienes demasiado cabello, cuando te di precio no me fijé de que era tanto*. Lloró del dolor mientras la peinaban aunque nadie se dio cuenta porque su rostro estaba cubierto por la gruesa cortina de su cabello castaño, su familia se había ido a pasear por la zona hotelera y la trenzadora no estaba interesada en sus sentimientos sino en terminar pronto para poder atender a otro cliente. Matilde consideró que no valía la pena hacer partícipe a nadie más de esa desolación, de todas formas, ya lo sabía, *para ser bella hay que sufrir*. Al fin había entendido el significado de la frase.

Sabía también de la reticencia que sus padres habían tenido ante la idea de gastar tanto dinero en un capricho, así que no se quejó ni habló del dolor, al contrario, se mantuvo estoica con su peinado de gringa incluso cuando las veredas que se formaban entre trenza y trenza le ardieron como resultado de la exposición al sol y la sal del mar. Aun cuando sintió como si en cualquier momento las trenzas, pedazo de cuero cabelludo incluido, fueran a desprenderse de la cabeza, quedando tiradas en el camino.

El domingo por la noche se deshizo el peinado. Su cabello estaba más bien tieso pero ella, pelilacia anhelante de una cabellera rizada, interpretó ese resultado como su oportunidad para derrochar belleza en la primaria. Se miró incrédula en el espejo y tuvo por primera vez en la vida la sensación de que era bonita. Mientras desenredaba, con mucho cuidado, su pelo provisionalmente ondulado, imaginó las reacciones de sus amigas, asombradas ante los espontáneos rizos, pensando que nunca se habían dado cuenta de que Matilde era bella, ¿cómo habían podido ignorarlo? Ahora, con la transformación capilar, su hermosura quedaría a la vista de todos.

Matilde sabe que no nació bonita. Empezó a saberlo en el preescolar, cuando pasaba las mañanas de la mano de Pamela y las maestras se acercaban a ellas, pero sólo decían, qué bonita niña. Así, en singular, mientras acariciaban la mejilla de Pamela. Aprendió que la belleza no

se adquiere por proximidad, que había que trabajarla. Y que el dolor, *las cosas que valen la pena requieren de sacrificio, mijita*, era el precio justo. Por eso las clases de ballet, *te va a quedar un cuerpo lindo*. Por eso los perfumes y el rubor de remolacha que le permitían utilizar durante las vacaciones. Por eso las tardes estudiando la forma de caminar:

—Las mujeres caminamos sobre una línea, ¿ves?— dijo su madre mientras ponía en práctica la lección— Nada de andar con las piernas abiertotas.

Como las trapecistas, pensó Matilde, pero sin red.

Aquel lunes, de camino a la escuela, miró su reflejo en el cristal del auto y sonrió con complicidad. Para alguien que nunca había encarnado la belleza ese momento era la inauguración de una nueva vida. Se imaginó siendo invitada a todas las fiestas de cumpleaños, protagonista de los festivales escolares, conocida mucho más allá del salón de quinto be. Lamentó que su escuela no organizara concursos de belleza pues estaba segura de que, de haberlos, ahora sí los ganaría. Cuando el Tsuru gris de su padre se detuvo en la puerta de la escuela, Matilde dio un gran respiro, estaba lista para la nueva versión de sí misma.

Caminó por el pasillo de la entrada y pudo notar alguna reacción en el rostro de la madre superiora. Dedicó un breve pensamiento a las monjas que, *pobres*, pensó, no tenían acceso a la belleza porque no podían utilizar

aretes, labial ni perfume. Le sonrió con compasión a la monja Lupita, como diciendo, *sí, hermana, yo la entiendo, fui como usted*. La madre de Matilde le había explicado que no debía quejarse del carácter amargo de algunas religiosas puesto que muchas estaban ahí por falta de opciones:

—Deberías sentirte afortunada porque tú tienes comida y techo.

Fue así como se instauró en Matilde un ciclo de enojo, culpa y sentimiento de superioridad hacia algunos de los especímenes más crueles de la congregación.

Después de lamentar la vida monjil, Matilde caminó hacia el salón para dejar la mochila. Su paso llevaba una mezcla de expectación e indiferencia. Sin necesidad de voltear a ver percibió cómo sus compañeras hacían algunos movimientos y la señalaban. Estaba convencida de que la alharaca era resultado de la admiración que su nueva belleza despertaba, así que permaneció indiferente, como si no escuchara el murmullo. Darse por enterada, consideró, podía interpretarse como un innecesario gesto de presunción. Recordó la última clase de Educación de la fe *bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán la misericordia*. Decidido, pensó, ella sería bella y misericordiosa.

Fue hasta el momento del homenaje a la bandera, cuando las reacciones a su alrededor se volvieron tan ambiguas, que comenzó a comprender que aquello iba

en dirección contraria a sus expectativas. Matilde era la penúltima de la fila porque en la escuela primaria las alumnas altas sólo servían para eso y para hacer el papel de hombres en las obras escolares de aquel colegio desprovisto de varones. Mariacristina la tomó del brazo y, conteniendo la carcajada, le preguntó:

—¿Qué le pasó a tu pelo?

Así, *qué-le-pasó*. Como si su cabello fuera el blanco de una catástrofe, como si un accidente hubiera acontecido en su cuero cabelludo, como si nadie se hubiera dado cuenta de que ahora también ella era bonita. Tras un momento lo entendió. No era bella porque nada hay más lejano a la belleza que el fracasado intento de atraparla. El fracaso se pudre y empieza a apestar, como los sobacos de Matilde cuando se pone muy nerviosa.

—Nada—contestó.

Y procurando moverse con discreción se hizo una cola baja en el cabello. Por suerte, la escena tuvo como música de fondo el himno nacional, un *soundtrack* tan neutral que le ayudó a contener el llanto en aquel momento en el que las lágrimas pugnaban por salir.

Al salón había que entrar en fila, una detrás de la otra, decía la maestra Gladys. Eso significaba que si alguna de ellas rompía la fila por rebasar a la de adelante todas tendrían que regresar a formarse de nuevo. Matilde era la penúltima en ingresar al salón, sólo antes de Isabel.

Tras el homenaje a la bandera siempre había un recreo anticipado, un tiempo suspendido en el que las maestras permanecían platicando en el pasillo, el salón estaba libre de vigilancia y ningún libro salía todavía de la mochila. Fue entonces cuando Matilde escuchó, por uno de esos silencios inexplicables que a veces se forman en medio del barullo, que Mónica terminaba una frase

—...parece trapeador al revés, de esos mechudos que usa el conserje.

Después, la carcajada de Pamela que en el acto se tapó la boca, al darse cuenta de que todas las habían escuchado, de que ahora el salón entero estaba riéndose a coro.

Matilde comprendió que lo mejor era no darse por aludida, que eso era lo único que podía salvarla. Caminó hacia su mesabanco con la lentitud de quien no tiene nada que esconder. Con el fin de contener el llanto aplicó un procedimiento experimental, hizo lo contrario de lo que había escuchado que hacen los actores. Esto quiere decir que en lugar de pensar en cosas tristes se concentró en pensar cosas neutrales. No podía simplemente pensar en cosas felices porque el anhelo de felicidad encerraba el peligro de precipitar las lágrimas. Debía visualizar imágenes como la gelatina, que ni le gustaba ni le daba asco, o preguntarse cosas como quién había sido el empleado que fabricó sus zapatos escolares, ¿sería difícil hacer las pequeñas perforaciones que trazaban

dos arcos al frente del calzado? Había que pensar en la maquinaria utilizada, imaginar la vida del trabajador, sus intereses fuera del taller.

Cuando Matilde por fin llegó a su lugar las risas habían parado, pero muchas de sus compañeras todavía la miraban con insistencia, como esperando una reacción. Ella puso cara de estar concentrada en otra cosa y sacó de su mochila el libro de Ciencias Naturales. En la página setenta y cinco encontró lo que buscaba, o más bien, lo que aparentaba buscar para distraerse y que no le ganara el llanto. La figura de una persona de frente, sin brazos ni piernas, con la boca abierta y los órganos del estómago expuestos. Sistema digestivo, decía el título. Ahí, debajo del diafragma y encima del estómago estaba el dichoso hígado. Matilde pensó que era más grande de lo que lo había imaginado.

Tras leer algunos detalles sobre el funcionamiento del hígado Matilde supo que su método había sido efectivo pues sintió que los niveles de humedad en sus globos oculares habían descendido hasta estar en condiciones promedio. *Ya lloraré más tarde por esto*, pensó. Pero tampoco pudo permitirse imaginar a detalle la cama ni la soledad de su cuarto porque los ojos son capaces de equivocarse, hacerse a la idea que ya están a salvo, arruinarlo todo.

Por eso, al llegar a casa, Matilde se abraza a la almohada. Construye de a poco creativos escenarios de sufri-

miento para sus amigas. Los va haciendo lo suficientemente sofisticados como para que el dolor las hermane y las vuelva a poner a todas en la misma línea de partida, hasta que ellas logren comprender lo que Matilde sintió esa mañana de lunes cuando las tres, cada una a su manera, se turnaron para patearle el hígado.

Esta vez, Matilde decide que lo mejor será omitir en el registro del diario el cargo que se les imputa a sus amigas, desconfía de la capacidad de su yo del futuro para comprender la trascendencia de aquello si se limita a registrar “se burlaron de mi pelo”. Tendría que haber escrito: se burlaron de mi pretensión de belleza. O bien, me mostraron mi incapacidad para ser bonita. Porque *no hay mujer fea sino mal arreglada*, dice la mamá. Y eso significa que Matilde no ha logrado arreglarse, quedar aceptable, que sigue tan descompuesta como el día en que llegó a este mundo.

Otro motivo para la omisión a detalle del suceso en el diario, quizá el más poderoso, es que Matilde, aunque sabe que no es bonita, está segura de que con perseverancia puede llegar a serlo. Piensa que su yo del futuro encontrará la estrategia para lograrlo y que enterarla de estas vergüenzas sería una humillación innecesaria, una dolorosa patada al hígado. Matilde nunca se haría eso.



LA OTRA MANZANA DE LA DISCORDIA

Karla Marrufo

Tengo ganas de creer que empecé a entender mi vida una tarde de marzo a la mitad de una alberca semiolímpica y apenas sabiendo nadar. La falta de aire, el terror, la mirada del instructor y de todos los compañeros cercándome pero sin tenderme una mano, eran los puntos desde donde tenía que decidir entre por fin nadar hacia cualquier orilla o naufragar para siempre. Digo que quiero creer que esa tarde comencé a entender mi vida porque ahí se me reveló mi destino como una trayectoria curva, pues cuando reuní las fuerzas y la voluntad para bracear y patallar sin irme hacia abajo, me encontré desplazándome en medio de la alberca, describiendo un círculo que no me llevó a orilla alguna. Por mucho que me esforcé, mi cuerpo no logró cortar el agua en línea recta. Nunca supe si se debió a un ligero exceso de fuerza en el brazo derecho o a mis ojos cerrados y ya enrojecidos por el cloro, o si es que había llegado el momento de corroborar mi tendencia, desde entonces, a darle vueltas a todo como si

yo fuera el perro que intenta morderse la cola sin querer en el fondo realmente alcanzarla.

Esta noche moriré de horror envuelta entre las sábanas. Inspeccionaré la oscuridad, los rumores extraños y las sombras parecidas a fantasmas y siluetas, como los monstruos de las pesadillas. Mi sueño será ligero, me levantaré muchas veces con el pretexto de ir al baño o a la cocina y hasta mi propia respiración me asustará cuando no reconozca el aire filtrándose hacia mis pulmones. Mamá está de guardia y yo la odio por eso. Por trabajar de noche, por dejarme sola, por confiar mi sueño a la oscuridad.

Me levantaré muchas veces y eso no está bien. Deambular tanteando entre las sombras me hace volver la vista atrás, a lo que quizá sólo existe a mis espaldas: los miedos tontos, las burlas en la escuela, las venganzas que he planeado y nunca me atrevería a confesar. Pero necesitaré ir al baño y luego hasta la fuente luminosa del refrigerador para robarme un rollito de jamón o un vaso de leche, algún resto de la comida del almuerzo. Mamá no se dará cuenta, lo sé. Llega demasiado cansada y con las prisas de las mañanas, que vístete, que te van a cerrar la reja, que esa blusa ya te queda muy apretada, que por qué comes tanto. A mamá no le gusta que yo esté gorda, pero no la puedo odiar por eso.

Digo que tengo ganas de creer que fue en ese entonces cuando comencé a entender la vida porque ya es hora de

que le vaya buscando un sentido a este caminar año con año como si se repitiera la misma historia impropcedente. Son las cinco de la tarde de un miércoles de junio y yo espero

a la doctora Olalla

a ver mis avances

a que algo pase

en la salita impecable de un consultorio de nutrición. Hojeo las revistas sin prestar mucha atención, aunque las imágenes se me van impregnando como un tufo pegajoso imposible de borrar con un sólo baño. Recuerdo aquel episodio de la alberca muy vívidamente porque hay días

muchos días

y horas que se dilatan hasta lo impensable

en que me siento igual de desesperada, sin poder respirar y con el agua a punto de rebasarme la barbilla. Lo peor es que ahora no hay nadie a quien culpar: nadie me ha arrojado al centro de la alberca para obligarme a nadar sin flotadores, nadie me exige respuestas, nadie me agobia con su mirada punzante y burlona, nadie

nadie hay

nadie

salvo yo y mis ansias y mi lucha por controlarlas. Ayer lo logré, pero hoy no. Así son las cosas,

como dice Irene

a veces una está arriba, a veces abajo. Yo siento que aho-

ra estoy en un ascenso muy lento hacia ninguna parte
 porque Diego ya no me llama
 porque mamá me ha olvidado
 porque Irene nunca me va a perdonar
y que eso es mejor que estar hasta abajo, en el fondo
de un abismo oscuro y vacío. Cruzo la pierna izquierda
sobre la derecha, paso la página con desidia para desviar
la atención de una señora gordísima que acaba de entrar
a la salita
 para no ver las rodajas que se le desbordan por enci-
ma de la pretina del pantalón
 para no juzgarla
y me aclaro la garganta aunque no esté dispuesta a hablar
con ella ni con nadie. Desde la página nueva, Gal Gadot
me mira seductoramente. Su silueta se alarga como la
sombra de un ciprés elegante, como un felino elástico,
y yo pienso
 nunca tendré esa figura
 nunca mi cuerpo se inclinará con tanta armonía
 nunca nunca
que existen sonrisas tan crueles que no deberían hacer-
las públicas.

*Al ir al baño sé que tendré mucho miedo de meter mi mano
y tantear la pared hasta dar con el interruptor, porque es-
taré imaginando que cuando mi mano toque la pared y se
deslice por ella podría sentir una araña o una cucaracha o*

un alacrán. O peor, la mano de alguien rozando mi mano o cortándola de un tajo con un hacha; esta imagen se me quedó de una película de terror y no me la puedo borrar. Además, mamá dice que la niña que sale en la película se parece a mí, pero yo no veo el parecido. Ella no odia ni tiene miedo ni está gorda. Yo sí. Yo siempre sí. De todas formas entraré al baño y, antes de poder acomodarme en la taza para hacer pipí, inspeccionaré todas las paredes y los rincones para asegurarme de que no haya ninguna alimaña. Y aun cuando esté haciendo pipí no podré evitar mirar hacia atrás y al techo y a todos lados, porque sé que en cualquier momento podría salir una cucaracha o una araña o un alacrán y sería muy feo que me agarrara desprevenida. Sé que cuando termine y me lave las manos, salir del baño será otro problema, porque tendré que apagar la luz y echarme a correr para que mi cuerpo no se quede atrapado en las tinieblas y suceda todo lo que hasta entonces he logrado evitar. Llegaré a la cocina y será el mismo cuento, porque también hay que prender la luz enviando la mano a tantear la pared y, yo no sé por qué, en esas situaciones, cuando más miedo tienes, más tardas en encontrar el interruptor; es como si se alejara o se fuera cambiando de lugar al presentir tu miedo. Pero una vez que encienda la luz, la magia sucederá: abriré el refrigerador y nadie estará ahí para ponerme un alto, nadie me mirará con desdén cuando yo sobrepase la ración justa, nadie reclamará tuyas las galletas, nadie me verá llenando mi miedo con el pan del desayuno.

Pero insisto en que quiero creer que entonces empecé a entender algo

por lo menos algo

de mi vida y mi destino, y que se conecta con este momento de espera. Lo siento como una suerte de revelación, como algo que está a punto de suceder y de tener sentido. Sigo esperando,

ya no contemplo la silueta de la mujer maravilla pero presiento que hay algo distinto. La mujer obesa mira mi cuerpo, es una mirada torturada y envidiosa. No me molesta porque algo sé de eso

yo antes miraba así

y aunque la entiendo, por el día de hoy me niego a dar explicaciones. Me cubro el rostro con la revista, plantándole a la obesa una portada con la casi desnudez deslumbrante de Charlize Theron y me concentro en resolver el quiz “¿Qué tipo de monstruo llevas dentro?”. Paso rápido las preguntas, como si no pudiera esperar a descubrir si soy una hembra enérgica y extrovertida o una dulce criatura sensible,

¿quién escribe estas pendejadas?

a pesar de que en el fondo sepa que soy

una ballena asesina

un jabalí furioso

una osa hambrienta

una gallina ciega

todo, menos lo suficientemente amenazante como para

que alguien me perciba como un monstruo. Los minutos se prolongan hasta lo indecible. Olvido el quiz y recuerdo la alberca, los colores y los olores, el frío del agua en la piel. Recuerdo que sólo así pude

me atreví a

vencí mi miedo de

aprender a nadar:

¿es que sólo en la humillación nos atrevemos a hacer las cosas que importan?

a la fuerza, con el orgullo hecho trizas y apenas conteniendo el llanto. Es curioso pero por mucho que lo intento, no logro recordar cómo salí de la alberca aquella vez. Sólo tengo la memoria de estar ahí, nadando en círculos, con los ojos cerrados,

y el corazón expuesto

con la respiración agitada y el pecho a punto de reventar. Luego me advierto afuera de la alberca, rodeada de mis compañeros y del propio entrenador, todos mirándome de una forma distinta, sorprendidos de que la Gorda hubiera podido nadar sin otra ayuda que su cuerpo de bola. Me felicitan pero no hago mucho caso, sonrío a medias y camino hacia los vestidores sin volver la vista atrás.

Ahora me concentro en un punto fijo: en la única imperfección en la puerta de madera oscura que sólo se abrirá hasta dentro de seis minutos. Como si alguien hubiera raspado la madera y la hubiera vuelto a pintar,

apenas se percibe un surco sutilísimo que describe una circunferencia inconclusa.

Mamá dice que guardar rencor engorda. Yo creo que eso es una idiotez. Pero luego, si recuerdo que la odio a ella y a mis compañeros y la escuela y mi vida, llego a pensar que puede ser que tenga razón. Digo que odio a mamá. No es cierto. Sólo me cae un poco mal cuando se obstina en sermonearme y me compara con las otras niñas, que mira qué delgadas, que por qué no entras a ballet, que pregúntale a Cecilia cómo le hizo para bajar tanto de peso, que deberías seguir su ejemplo. Es chocante, pero no la odio, a veces hasta la entiendo. Si yo fuera mi hija creo que también me avergonzaría de mí. Hay días en que sí estoy de humor para explicarle que no es mi culpa, que hago mucho ejercicio y no he terminado de crecer, que tal vez así es mi cuerpo y ya, que no veo cuál es el problema con estar gorda. Pero hay días en que no y esos días sueño cosas horribles y tengo mucho miedo de enojarme tanto como para desear que mis sueños se hagan realidad... La última vez soñé que cortaba a mamá en cachitos con uno de esos filos redondos con los que se cortan las rebanadas de las pizzas. No sé qué es lo que me da más miedo, la idea de atreverme a matar a mamá o que hasta mis sueños más sangrientos tengan que ver con la comida.

La puerta cruje y una ligera ansiedad me estremece porque sé que mi turno se aproxima, que en breve estaré erguida, sosteniendo un par de cilindros metálicos destinados a registrar los volúmenes de materia ósea, lípidos, músculo y grasa en mi cuerpo. Me inquietan los porcentajes, la obligada comparación con los de hace una semana y con los de la semana anterior, la cinta métrica en torno a mi cintura. “Me he portado bien”, digo

intento convencerme

me repito queriendo borrar de un soplo las donas glaseadas y las bolas de helado

aun sabiendo que no habrá modo de convencer a la máquina. Me levanto por inercia, como para estirar las piernas y siento la mirada de la obesa examinando mis desproporciones: mis piernas demasiado delgadas, mi falta de cadera

mi temple a punto de colapsar

mi espalda ancha, mi abdomen prominente, mis brazos gruesos. Le devuelvo una mirada punzante

quiero atravesarla con su propio odio

que no soy capaz de sostener por mucho tiempo y camino hacia la salida, me gustaría atrapar los restos del atardecer que miro evaporarse por una ventana pequeña, desproporcionada respecto al tamaño de la pared. Escucho voces aumentando de volumen y respiro profundo. Pronto lograré mi objetivo

intento convencerme
y sé que con eso, algo sucederá.

Lo que sí odio de veras es ir a la escuela. A la hora del recreo yo soy el burro, la portera, la que vigila que no venga el prefecto mientras alguien más se sube al árbol a bajar tamarindos. Dice mamá que es normal, que por eso debo cuidarme, que qué pensaría yo. No le contesto, para qué. Yo sé mejor que ella y que nadie que sí puedo saltar al burro y sí puedo correr muy rápido y llegar al otro lado de la cancha para meter goles y subirme a la rama más alta del árbol. Yo lo sé, pero ellos no me dan la oportunidad de probarlo. Bueno, una vez sí y fallé y se burlaron de mí por varios días. Estábamos jugando “quemados” a la hora del recreo, justo después de la clase de geografía. Como a mí nunca me pasaban el balón, andaba algo desprevenida cuando por fin me cayó en las manos. Corrí muy rápido intentando dar alcance a Cecilia, pero no sé cómo me tropecé y rodé y rodé y rodé perdiendo el balón, la oportunidad de ganar el juego y lo poco que me quedaba de orgullo. Creo que hasta ahora no me lo perdonan los de mi equipo. Ese día me sentí tan ridícula que sólo para que empezaran a olvidarse un poco de mi error, acepté ser “la gallina ciega”. Me vendaron los ojos y me dieron muchas vueltas antes de que yo diera la primera zancada. Escuchaba sus voces y sus risas, y por más que intentaba darles alcance no lograba atrapar a ninguno. De pronto me di cuenta de que se reían no tanto del juego en sí,

sino de que yo estuviera caminando en círculos sin ninguna oportunidad de tocarlos. Me retiré del juego cuando alguien gritó: “la Gorda es redonda y se mueve como el planeta Tierra: sobre su propio eje”. Esa noche también tuve pesadillas. Soñé que intentaba abrir el refri, pero cada vez que lo hacía, una nueva puerta aparecía en el lugar de la anterior.

Por fin, la bata blanca de la nutrióloga Olalla

hasta su apellido me parece que describe una circunferencia

pero no la odio por eso

resplandece con una luz demasiado ácida para mis ojos. Entro al consultorio e instintivamente mis manos se aferran a las piezas de comida de látex que están sobre su escritorio y representan las proporciones precisas de lo que debería consumir de cada cosa: una tortilla, un puñito de arroz o frijoles,

ninguna cerveza

ninguna pizza

cero chocolates

un trozo de carne no mayor a un dedo de grosor y apenas del largo de mi mano extendida. Yo jugueteo la comida falsa mientras ella habla con una cortesía muy ensayada y hace como que no le importa. Después de las formalidades de siempre, me conduce al cuartito donde está la máquina

a la que no lograré convencer de nada

la que me va a delatar
la que me mira cada semana girar sobre mi eje
y se llevan a cabo las mediciones de cintura y caderas.
Me quito los zapatos y los objetos metálicos: reloj, aretes,
un par de pulseras. Son sólo accesorios, pero al quitármelos me siento expuesta,

observada

desnuda

juzgada

quizás porque les he conferido el poder suficiente de llamar la atención y desviarla de mi cuerpo. Mientras permanezco inmóvil y la máquina hace sus cálculos, la doctora Olalla continúa con la charla banal, amable pero fría. Hay algo en esta mujer que no me cuadra

me recuerda a mamá

y que quizás no me atrevería a precisar en voz alta. No tenemos una relación más allá de estos encuentros semanales entre paciente y nutrióloga, y sin embargo he soñado con ella. La última vez soñé que en vez de medirme la cintura me colocó una venda en los ojos y me dio un par de vueltas. El objetivo del juego era que yo tenía que atraparla y si lo lograba, mi premio sería que podría cocinarla y comérmela.

La semana pasada vimos en clase la historia de Paris y Helena. Yo no pude imaginar a las diosas peleándose por una manzana. Me pareció muy tonta la escena, aunque ya sé

que la manzana es simbólica y que las bonitas siempre son vanidosas y competitivas. Luego recordé que el año pasado Camila jaloneó a Ana Laura por algo así, por andar de zorra, le dijo, por ir a coquetear con Alejandro cuando sabía que eran novios. A mí ellas me parecen muy estúpidas, pero luego mamá dice que es porque les tengo envidia, porque en mí todavía no se fija ningún chico y ninguno lo hará si sigo así de gorda. Le digo que por mí estaba bien, así me ahorro pleitos y jaloneos frente a todos. Mamá se molesta cuando le hablo así y busca cualquier pretexto para castigarme. La noche en que le conté del pleito entre Camila y Ana Laura, mamá tuvo guardia y yo me comí entera una de las pizzas del paquete de dos. Mientras la cortaba recordé mi pesadilla y pensé en que necesitábamos uno de esos cuchillitos redondos.

La doctora Olalla dice que voy bien, pero que mi problema es otra cosa. Sucede que existen disposiciones genéticas,

destinos biológicos que sólo conocen el trayecto de la curva

ciertas tendencias corporales

rutas predispuestas desde antes del nacimiento

nunca mi cuerpo un ciprés elegante

y que se van acentuando conforme avanzan los años. La doctora Olalla saca unas gráficas

de pastel

qué detalle
que no termino de entender porque mi ser presente la
cercanía de mis sueños rotos

la certeza de que nunca podré demostrarle al mundo
que ya no soy la Gorda
y, una vez más, la evidencia de mis esfuerzos inútiles.
Sonrío y asiento con empatía

como aprendí a hacer desde aquella vez en que me
felicitaban por haber nadado
sólo para que la doctora Olalla no advierta mi conmo-
ción. Voy atrapando al vuelo sus explicaciones, la dis-
posición de los huesos, la tendencia a acumular grasa
en ciertas zonas, el equilibrio con la actividad física y la
estabilidad emocional. Ella continúa explicando: hay cu-
erpos así, con obesidad androide y otros, con obesidad
ginoide. Lo único que escucho con una claridad redonda
y aplastante es:

—y tu cuerpo es de manzana.

*También odio seguir yendo a natación. Tengo muchas me-
dallas y todo, y de eso sí mamá está orgullosa, pero a mí no
deja de darme pena que me vean en traje de baño. Se marca
mucho mi barriga y aún me cuesta nadar en línea recta.
A veces me voy montando en el carril y luego en el otro,
como en zig zag, pero es que de verdad aunque voy rápido,
no puedo ir todo derecho. Si lo comparo con la primera vez
que me lanzaron al centro de la alberca, puedo decir que he*

mejorado mucho, pero todavía me falta y la verdad es que ya me cansé de intentarlo. Además, nadar me da mucha hambre, pero eso mamá no lo entiende, me dice que es un vicio y que la natación es el mejor deporte del mundo. En eso creo que sí tiene razón. Lo que no puedo terminar de explicarle es que da igual, porque cuando nado como mucho y si como mucho es porque nado. El entrenador dice que es un círculo vicioso perfecto.

Guardo en el bolso las hojas con el régimen alimenticio para la siguiente semana. En mi cabeza desfilan los consejos de la doctora Olalla sobre cómo vestir para disimular mis desproporciones

la tendencia de mi cuerpo a crecer sólo por el centro y qué tipo de ejercicios hacer. Abro la portezuela del coche, me incorporo y de pronto me descubro esculcando con desesperación la bolsa con refrigerios que me he acostumbrado a llevar a todas partes. Manzanas. Devoro una de un mordisco y acelero. Destrozo una segunda con el poder de mi mandíbula genéticamente predispuesta a la gula. La trituro con una fuerza tal que hasta me rechinan los dientes. Despedazo el centro, el huesito y las semillas. Todo desaparece en el último bocado y continúo acelerando sin dejar rastro alguno de la manzana.

Nada qué ver con Paris y Helena y las diosas. La discordia

ahora lo sé
se lleva siempre por dentro.



EL VERANO DEL SOL NEGRO

Mónica Flores Lobato

Una piedra pequeña cayó en el techo y rodó como si mi casa tuviera una inclinación que no tiene. Así, muy sencillo, empezó mi fin del mundo.

Leía en el estudio que da al jardín de mi casa, al pirul y al eucalipto gigante. Una rama del eucalipto se movió suavemente. Había tanto silencio en el ambiente que escuché las hojas secas raspar con suavidad el piso rojo de mi terraza a la menor provocación del viento. Desaparecieron los sonidos lejanos del exterior, los camiones con motores robustos, las motocicletas, los autos, pero no reparé en esa sustracción sonora tan pronto. Lo único notable para mí era la suavidad del silencio; podía sentir y escuchar mi corazón.

Saturno, también conocido como Cronos, reinó en el cielo hasta que Zeus, su hijo, lo destronó. Durante su reinado, los primeros hombres creados por él, de la llamada edad de oro, fueron semejantes a los dioses. Eran vigorosos, sin enfermedades ni dolencias. Es algo que no puedo imaginar, tanta perfección, tanta vida para usar. La tie-

rra era un sitio abundante. La muerte era un encuentro blanco adentro de un sueño. A esa primera generación, siguieron otras. Decía Hesíodo que la actual familia humana es de hierro. Miseria sin reposo, decía.

Entonces cayó y rodó la piedra pequeñita. Rodó sobre el techo totalmente plano y fue el único ruido. Cerré los ojos un instante. Los árboles se volvieron siluetas en negativo que deberían haberse desvanecido detrás de mis ojos, pero al abrirlos había un aura oscura rodeando algunas zonas de ellos, y apenas levanté la vista al cielo, vi durante un instante a un sol negro despidiendo oscuridad y tiniebla en todas direcciones. Cerré el libro.

Un pájaro blanquísimo chocó contra la ventana y luego se escurrió por ella hasta caer, sin hacer ruido, sobre las hojas secas. El ritmo de mi respiración permaneció inalterable, pero el corazón, mi corazón, corrió loco sobre su sitio tratando de escapar. Más pájaros blancos chocaron silenciosos y solté un grito que solo escuché dentro de mí. Deduje en una ola de angustia que si todo afuera era silencio, quizá había un mundo gritando, desgajándose estridente y era ahora indetectable para mí. Estaba encerrada, arraigada en mis ruidos frente al mundo silencioso. No me quedaba más que escuchar mi corazón. Hablarle despacio. Pedirle calma. Él dictaba apresuradamente un mensaje y yo lo juzgaba, pensaba en lo duro que es ser corazón con la responsabilidad de no poder parar un día y hacer una pausa; el corazón no

toma vacaciones. Nada que suceda entre el miedo y la excitación, ni entre estar viva o muerta, es ajeno al corazón. Él sabe de música y de sangre y de intervalos y matices. Sabe qué sencilla es la muerte. Por eso al corazón se le habla bajito. Quise acariciarlo como a una gata asustada hasta que bajara el lomo crispado y recuperara el ronroneo, su suave ritmo interior.

Pensé en el eucalipto, como si yo pudiera contener mi corazón y él pudiera contenerme a mí. Pero tuve el imperativo triste de salir a la terraza a sentir sobre mi cabeza el sol negro. Me recosté vencida e hice crujir bajo mi cuerpo algunas hojas secas. Tenía un poco de estática en el pelo. Mis poros estaban abiertos y mis vellos completamente erizados. La oscuridad picaba en la piel como antes picaba la luz.

Miré al eucalipto y sentí que llevaba siglos mirándome. Estaba inquieta, una tontería, pero no pude sostenerle la mirada al árbol. Me sentí obligada a bajar la vista. Miré mis manos y mis dedos distendidos y me pregunté cuál era el sentido de estar ahí tumbada así. Tenía un vago deseo de elaborar una respuesta, pero mi mente hacía cálculos ociosos, como cuántas hojas secas habrá por metro cuadrado y cuántos metros cuadrados tendrá la terraza y cuántas hojas secas estarán por caer en las siguientes horas y si valdrá la pena quedarme esas horas ahí para llevar esa cuenta. Un ansia numérica parecía pedirme que contara cada hoja del árbol, cada insecto de cada

hoja, que lo viera a detalle, sin saltarme ningún pliegue de su tronco ni perderme las subdivisiones de sus ramas. Me sentía atraída a hacerlo, casi obligada. Tantos números en mi cabeza sólo querían poner orden, acallar lo que realmente estaba pasando (algo muy penoso, pensé): estaba entendiendo a la perfección el discurso del árbol. Mientras mi cabeza multiplicaba las cuentas y sus posibilidades, el eucalipto gigante me proponía, palabras más, palabras menos, que echara raíces junto a él.

Lo cuento fácil, pero no fue tan sencillo reconocer que había comunicación entre el árbol y yo. Sus argumentos cuestionaban mi realidad. Mi búsqueda, mis convicciones, mi empeño por darle un sentido a mi existencia eran vanos, según él. Todo ha quedado atrás, dijo. Quería contradecirlo pero tampoco vivía un gran momento de vida en ese instante. Mis días eran monótonos, hablaba tan poco, de tan pocos temas y con tan pocas personas, que era más costumbre para mí buscar palabras como se buscan barcos extranjeros en un horizonte o señales de tormenta en las nubes blancas y esponjadas que articular frases al instante y en mi defensa. Imposible, entonces, comunicarme con él. Deshojó mis afectos, los pasó por tierra y agregó: no queda nada de ellos. Todo dicho como un flujo que se abrió paso por el subsuelo del jardín y subió por la terraza, trasminó las piedras planas, gruesas, que dibujan un camino, humedeció toda mi ropa y penetró por mis poros hasta inte-

grarse a mi sangre en forma de lenguaje articulado. El árbol talándome.

Aunque mi mente presentaba escrúpulos ante su discurso, seguía desordenada y haciendo cuentas. Detecté más de doscientas babosas bajo tierra por metro cuadrado abriéndose paso lentamente, siguiendo rumbo al norte un vago olor a levadura. Me pareció que el jardinero se había excedido en sulfatos y que con el 70% excedente de humedad, mis raíces podrían crecer antes del fin del otoño, en caso de ceder. ¡En caso de ceder! ¿Así de blandas eran mis convicciones? Más blandas que una hoja, que una rama verde, que el cuerpo de un gusano de tierra. ¿No tenía ningún apego a mi cuerpo humano, al envase de carne, huesos, vísceras y sangre que me contenía? El envase no me generaba apego ni angustia, pero ¿qué sería de mi pasado, de la niña que fui pegada a la ventana, de los poemas, de los besos, de los viajes hechos y pendientes, de los deseos? ¿Un día raro, un silencio, un sol negro, un corazón descontrolado y ya, sería yo un árbol?

Mi cuerpo no cuestionaba nada, ya tenía actitudes de árbol pequeño. Usaba toda la gravedad para ensayar el arraigo. Tierra y cuerpo perdían el límite. La piel iba tomando otra textura y muchos matices color tierra. Casi puedo decir que sólo sentí pesar por mi corazón y sus latidos. Con ese ritmo había empezado todo y no sé cuánto tiempo más de música me quedaba. ¿Qué sería de mi

corazón cuando mis raíces crecieran varios metros hacia el fondo de la tierra, cuando me circulara savia por las venas y el sol, la lluvia, el viento, las aves, las ardillas, las hormigas y las chinches enganchadas se pasearan sobre mi nueva piel?

Mi pensamiento movía números y más números como ramas espesas impidiéndome llegar a una respuesta. ¿Con qué me toparía al encontrarme con el silencio? Comenzaba a intuirlo, a sentir el espacio donde resonarían las formas más sutiles y largas de vida. Una nueva yo más sólida. Un auditorio que recibiría insectos. Una memoria paciente con pretensiones eternas. Un tronco con ramas y hojas verdes. Los números callaron.

El árbol, sin prisa, intervino en mi conversación interior. Dijo que simplemente se acababan las personas en mí. ¿Cómo?, pregunté. ¿Las personas que me rodean? ¿Las personas con las que conviví? Luego no contestaba. ¿Las personas a las que amé y me amaron?, seguí preguntando sin respuesta. ¿También las que me hicieron daño o dañé? Porque no tengo más disculpas ni rencor, dije. El aire movió una rama y cayó la primera hoja del otoño. Entendí qué terminaba.

Se trata de una pequeña extinción, dijo, bella, serena.

Una extinción, repetí yo para mis adentros, sintiendo un latido fuerte y seco en mi pecho, sin eco ni continuidad. Y como los armónicos que se quedan en el aire de un instrumento que por fin calla, por el interior de mi

angosto tronco subieron risas de mi infancia hasta confundirse con el canto del primer pájaro posado en una de mis nuevas y verdes ramas.



TODOS LOS MESES FEBRERO

Nidia Cuan

El día de su vigésimo cumpleaños Irene decidió no envejecer. Casi al despertar se miró en el espejo y se dio cuenta de que diminutas líneas se amontonaban justo entre la cola de la ceja y la línea de las pestañas. Se mantuvo frente a la luna largo rato y advirtió que las líneas ganaban notoriedad al sonreír o fruncir el ceño.

Patas de gallo, dijo para sí.

De sonrisa a ceño reconoció en sus ojos los de su madre y sintió el estómago revuelto. Fue entonces cuando pensó que le gustaría jamás volverse vieja. Muy pequeña había aprendido a odiar a esa mujer, lo mismo que al olor de su perfume, una mezcla desagradable de alcohol y gardenias. Esa era la razón por la que evitaba recordarla. Si traía a la mente su rostro, de manera automática llegaba a su nariz el aroma dulzón de perfume barato. Ya con arcadas, corrió al retrete para aliviar el vértigo. Tenía la intención de vomitar también esos genes, ese ADN maldito de mujeres que abandonan a los hijos, esa herencia de ojos pequeños y arrugados antes de tiempo

que Irene había visto por última vez muy abiertos para mandar un beso de despedida mientras abría la cajuela de un Datsun destartado.

Habían pasado ya los funerales de Nicandro y calculó que el dinero que había heredado era suficiente para llevar una vida sin muchos lujos y hacer lo que fuese necesario para no envejecer nunca. Esa misma tarde acudió con un dermatólogo. El médico, un hombre de pueblo, ya entrado en años, la recibió con amabilidad. Dinero fácil. Nada distinto a las decenas de jovencitas ansiosas por ganarle la carrera al tiempo. Después de revisar su rostro con una lupa gigante, le recetó vitamina E, además de garabatear de mala gana el nombre de un protector solar y de un par de cremas con aminoácidos para favorecer la producción de colágeno.

La satisfacción que sintió Irene al salir del consultorio fue momentánea. El doctor no había comprendido su propósito. No se trataba de “cuidar lo más posible el rostro” o de “mantener la elasticidad de la piel hasta los cuarenta y tantos”; se trataba de llevar a cabo una hazaña nunca vista. Si quería lograrlo tendría que intentarlo todo y para eso había que conocer a fondo el campo de batalla. Con esa idea en la cabeza, se detuvo en una de las pocas librerías de la ciudad, se acercó al dependiente y le explicó lo que necesitaba.

—¿Eres estudiante de medicina?, preguntó el chico.
Ella negó con la cabeza.

El muchacho quedó intrigado pero no hizo más preguntas.

Tomó sus gafas y se dirigió a la parte trasera de la librería. Revisó los estantes durante un par de minutos y dudó entre escoger una enciclopedia o uno de esos enormes manuales de anatomía. Pensando en cubrir su meta de ventas se decidió por lo segundo. Latarjet: tercer tomo.

Irene recibió el gigantesco libro de tapas negras y se dio cuenta de que nunca había tenido entre sus manos uno de ese tamaño. Nicandro había sido un hombre sin educación. Su patrimonio había sido fraguado no con la cabeza, sino con el cuerpo, a fuerza bruta, empeñando el intestino y las rodillas. Ella pretendía hacer un movimiento a la inversa. Retribuirle a su cuerpo los esfuerzos de tantos otros. Hacer de su rostro un monumento a la columna cervical del abuelo, deshecha después de muchos años de trabajo, o al hígado de don Nicandro, que de no haber sido por el accidente habría sido el primer órgano en desistir.

Salió de la librería y caminó al auto con su compra bajo el brazo. El peso de ese mamotreto le parecía análogo al de su propósito. Tenía los bíceps doloridos y se preguntó qué pasaría si fracasaba. La imagen de la madre y sus ojos de pasa la hicieron abandonar esa posibilidad. Estaba convencida de que la vida era un continuo y que los desaciertos del tatarabuelo y del bisabuelo habían

saldado de alguna manera la tasa de fracasos en las generaciones venideras.

Al llegar a casa, ojeó el Latarjet e identificó la sección dedicada a la piel. Había imaginado que sería más extensa y se sintió decepcionada. ¿No era la piel el órgano más grande del cuerpo? ¿No era el suyo un deseo acariciado por la humanidad entera? Aun así, durante varias semanas pasó los días estudiando la dermis reticular, las células de Langerhans y de Merkel, la función de los melanocitos y de los queratinocitos. En realidad, lo que le interesaba era el envejecimiento. La palabra incluso era un misterio. En-vejecer. Llenarse de viejo. Cubrirse de vejez como quien se enloda. Claro que sabía que volverse viejo era un proceso, la suma de los días acumulándose. Pero por la experiencia estaba convencida de que en realidad el rostro cambia de un día para otro: la mañana del vigésimo cumpleaños, por ejemplo.

Por eso le parecía irónico que la juventud fuese un animal de sombras. Las arrugas eran dibujos de sol, un monstruo de manos invisibles que hurgan las fronteras del propio cuerpo. Mantenerse en la oscuridad total no era una opción. ¿De qué servía permanecer joven si nadie podía verla? La respuesta la encontró de la manera menos pensada. Todos los días observaba a su gato dar unas cuantas volteretas junto a la ventana o tenderse un rato justo en el perfecto cuadrado de luz que se dibujaba en los mosaicos de la cocina. Ella podía hacer lo mismo.

Recibir la luz de manera controlada. Pero sintiéndose incapaz de escuchar a su cuerpo con la exactitud con que lo hacía el gato, salió a buscar un par de sombreros ala ancha de paja y unos lentes oscuros de buena calidad que decidió utilizar incluso en interiores.

Conforme Irene se adentraba en los vericuetos de la piel, confirmaba sus sospechas. Los estudios genéticos demostraban que el envejecimiento prematuro era principalmente herencia de la madre. Eso la hacía sentir compasión por Nicandro. A pesar de tampoco haber sido un hombre ejemplar, de haber sido un bebedor de los que podrían anular la carencia de un buen vino con una botella de alcohol de noventa grados, seguía siendo el que pagaba los platos rotos. Ni la muerte lo había salvado. Entre su madre y él, o quizá entre los ancestros de ambos, había una cuenta pendiente que Irene estaba destinada a saldar. Por supuesto, inclinaría la balanza hacia el lado de su padre. Lo había amado por completo. Con devoción. El día del accidente, aunque los peritos le recomendaron que no lo hiciera, ella se obstinó en ver su cuerpo hecho pedazos. Habían tardado dos horas en sacarlo de entre un montón de chatarra metálica y nadie, salvo la hija, habría reconocido las facciones de un hombre en ese amasijo de sangre y huesos rotos. Pero ella le debía algo. Sabía que su mundo podía haberse destruido cuando la madre se marchó. Era su padre quien había franqueado las fisuras; como un artesano, había resana-

do los huecos con su amor pegajoso e incondicional. Independientemente de sus vicios, Nicandro había sido un verdadero as para los negocios. Tan previsor que había resuelto su vida y de paso la de su hija. Eso, pensaba Irene, la había salvado de ser una mujer que igual que su madre se larga un día cualquiera dejándose llevar por el infantil deseo de huir. Tenía la sensación de que, de haber una deuda pendiente, ella era la encarnación del equilibrio que las generaciones pasadas no habían logrado fraguar. O por lo menos existía esa posibilidad. Si con su herencia maldita la mujer que la había engendrado se empeñaba en arruinar el único proyecto de vida que la había apasionado, la de su padre le ayudaría a cumplirlo.

Irene pasó los días con esa convicción hasta aquella mañana de febrero.

Cuando despertó se puso los lentes oscuros y se dio cuenta de que no había resurtido las pastillas de vitamina E. Aunque prefería ir por la noche, no logró vencer el remordimiento de dejar pasar una toma. Dar un paso en falso era la antesala de la derrota. Su padre le había repetido hasta el cansancio que relajar la disciplina conduce a la larga a la indolencia. Indolencia, una palabra terrible. Fuerte como un garrotazo.

Llamó a la farmacia y espero unos minutos al teléfono. El ruido dentro del establecimiento impedía a la telefonista escuchar con claridad la voz de Irene. Vitamina E, repitió varias veces. ¿Hay algún problema si la mando

en tres o cuatro horas? Los repartidores están ocupados, respondió la encargada. Irene preguntó con amabilidad si no había alguna posibilidad de adelantar el envío. La señorita se negó. Irene suplicó, chilló y ofreció una buena propina, pero la chica al otro lado de la línea parecía ser una de esas mujeres insensibles a las urgencias provocadas por la escasez de vitaminas.

El tic tac del reloj que pendía frente al teléfono la desesperaba. Ese sonido endemoniado la hacía sentir que la cabeza iba a explotar. Estaba segura de que en breve iba a ser víctima de un ataque cerebral. Pero, aunque no soportaba la luz del sol y se sentía nauseosa, se dio cuenta de que en realidad estaba haciendo una tormenta en un vaso de agua. Ella misma podía ir a la farmacia. Tomó el sombrero de paja y las llaves del auto.

Debió haber manejado siete u ocho cuadras cuando se detuvo en un semáforo. Mientras esperaba con el pie en el freno, fijó su atención en el espejo retrovisor. Alcanzaba a ver en el coche trasero a una mujer joven que le ordenaba a un pequeño de unos tres o cuatro años que se mantuviera quieto. Aunque se fingía enojada, se notaba a leguas que la deleitaban las ocurrencias del niño que no dejaba de estirar los brazos al aire mientras se retorció en los confines de su asiento. Irene advirtió una pequeña punzadita en el centro de la frente. Permaneció alhelada unos cuantos segundos mirando a aquella pareja cuando se dio cuenta de que había olvidado ponerse

los lentes oscuros. Sintió la urgencia de mirarse, movió unos centímetros el espejo y vio su propio rostro con la boca fruncida, como atrapando algo que revoloteara dentro, y las fosas nasales ligeramente dilatadas. Un gesto que sabía con certeza pertenecía a su madre.

Aunque el semáforo cambió de color y los demás conductores pitaron sin control, no pudo avanzar de inmediato. Volteó a su derecha y vio en contraesquina la enorme barda de un deshuesadero; desde su perspectiva sobresalían dos grandes hileras de escombros metálicos que brillaban bajo un sol casi primaveral. Un par de automovilistas se bajaron de sus coches para ver qué ocurría. Ella, contenida, contestaba que no a todas las preguntas que le hacían los curiosos.

¿Te puedo ayudar? No.

¿Vives cerca? No.

¿Te sientes bien? No.

Los mirones, sin mala intención, la invitaron a bajar del auto. Uno de ellos preguntó si quería que llamara a la ambulancia. Al escuchar esa palabra, ambulancia, volvió en sí. No, no quería que llamaran a nadie. Pidió disculpas, endulzó la voz y aseguró que se encontraba bien, añadió que sí, que vivía cerca, y que no tardaría en volver a casa. Pero apenas los conductores caminaron hacia sus autos, a todas luces molestos por haber perdido el tiempo en niñerías, Irene giró el volante y sin dejar

de mirar la barda que ocultaba aquellas pilas de chatarra pisó a fondo el acelerador con el único deseo de parecerse eternamente a su padre.



LUZ BLANCA SOBRE MUCHACHA DE LA FRONTERA

Graciela Ramos Domínguez

Pareciera como si la luna jugara a los aparecidos. Tan pronto se oculta tras ligeras nubes, como reaparece sobre ti y sobre la carretera solitaria. Eso vas pensando, sin ganas de pensar, mientras el frío de la madrugada cala tu dolorido cuerpo de muchacha. En tu huida, ya no te estremeces, ni lloras, ni tiritas; corres casi a ciegas, sumida en la angustia helada. Aturdida por el miedo, aún no logras comprender cómo has escapado, cómo eres quizá la única sobreviviente de aquellas atrocidades que se leen en los periódicos. Ahora serás tú la excepción. Hablarán de cadáveres y de terrenos baldíos, pero también de una que salió viva de entre tanto crimen contra mujeres, casi niñas, empleadas de maquiladoras yendo a sus trabajos o saliendo de la disco.

Ahora lo has visto todo y llevas el horror grabado en tu mente. Podrás contar de ese infierno vivido, escuchado, olfateado, sentido en la piel. Tus pulmones casi reventaron gritando y pidiendo auxilio en aquellos parajes

solitarios. Tus entrañas retorcidas, tu piel impregnada de olores irrespirables, de encierro, vejación y tortura. Cómo soportaste estados repetidos de ausencia y conciencia, no lo sabes. Un extraño azar favoreció la huida poco después de haber visto sus rostros, escuchado sus nombres y reconocido sus escondites.

Avanzas bajo el frío de la noche. Ah, si apareciera alguien; ah, si la gente supiera; pero qué frío sientes.

Afuera, la gente especulaba: que si estaban coludidos todos, que si autoridades, narcos, policías, o quizá millonarios de ambas fronteras; también que si tráfico de órganos; y ahora tú podrás desenmascarar a los verdaderos culpables.

Tu cuerpo mal cubierto, la ropa hecha jirones, tu piel sangrante, el frío de la madrugada. Vas marcada, en tus muñecas dejó huella el metal de las esposas, así igual describían en los diarios las marcas de las que hallaban muertas.

Una luz lejana se acerca pero tú no la ves aún. Con la mirada baja, vigilas el paso de tus pies descalzos sobre el asfalto. Dejas que tus piernas corran solas hacia donde quieran llevarte. La luz se aproxima. Está cada vez más cerca y se distinguen los faros de un auto. Bajo la gran capa del sereno, la luz parece hielo luminoso que te cubre y le inventa resplandores a tu cuerpo. Levantas el rostro y un intenso relámpago anuncia el golpe quebrantado de centellas. Ves tras el parabrisas del auto el

rostro desesperado de un hombre al volante intentando esquivarte. Sientes caer y el ruido del motor cesa. Baja el hombre y llega hasta ti. Te interroga pero tú apenas balbuceas; las fuerzas te abandonan; un cielo sin luna transfigura el instante y, cambiando sus tonos, va cegándote con albos candores nevados, se tiñe de un gris plomizo, vira al sepia, cada vez más, atezándose, y se precipita hacia una apizarrada oscuridad.

Recobras conciencia en otro sitio. Quisieras aferrarte a ruidos y voces. Percibes gente que sale y entra, oyes débiles timbres telefónicos. Te parece oír la voz del hombre de la carretera exigiendo le otorguen constancia de que estás viva. Quisieras hablar pero no puedes.

Los diálogos apenas audibles. Silencio. Y esa luz tan blanca cegándote en el instante mismo del dolor, y sientes en los brazos piquetes de agujas, sin poder luchar más con un sueño espeso que va envolviéndote. Los días sin tiempo van pasando por encima de ti; las heridas de tu cuerpo van sanando; al fin vas a poder hablar; podrás denunciarlos ya.

Ahora percibes la luz de una diferente blancura, sientes que te estalla en los ojos. Una luminosidad hiriente se adueña del entorno y mil puntos lacerantes clavados en tus pupilas te hieren en un suplicio de alfileres. No pue-

des ver, quizá el oído podrá guiarte; percibes sonidos del exterior: ruidos sordos, pasos, golpeteos de charolas de lámina, mesas rodantes y objetos metálicos trajinan del otro lado de la puerta.

No discurre por qué el aire tiene olor a ausencia, a frío. Casi percibes, pero no, quizá no, es algo así como el estallido de un vidrio, el sonido de una navaja cortando, como un estruendo de pólvora.

Giras la cabeza penosamente, como si tu mirada ausente intentase enfocar la puerta deslumbrante, alba y densa. Comprendes que comienzas a estar a salvo, la puerta blanca tan sólida como un muro se convierte en un monolito inamovible y bienhechor, es una lápida sepulcral para inhumar tras ella el dolor y la violencia.

Yaces sobre un colchón cubierto con sábanas blancas, parecido a un catafalco, donde la iluminación casi solar de una lámpara colgada del alto cielo da claridad a cada poro del techo, se desliza por los muros y rueda hacia el piso para chorrear el colchón, la sábana y tu cuerpo insensible. En tu cerebro, como blanco algodón saturado de olvido, no hay memoria y quedan sin respuesta los porqués, los cuándoos, los quién; pero da igual porque tampoco hay preguntas. Nadie te interroga.

¿Qué sucedió? Imposible saberlo si en la oquedad de tu mente flota la nada.

Quizá desde antes, ellos –y tú ya no podrás decir quiénes–, te han decretado un corazón deshabitado y

un cerebro vacío, blanco, iluminado por una luz fría. Y la desmemoria campea entre las tumbas cavadas en tu corazón aquella noche de tu huida.

Quizá frente al chirrido de llantas en la carretera, cuando estabas presta para contarlo todo, algo milagroso como tu instinto de conservación dio refugio a otra luz, a esa llama imperceptible nacida dentro de ti solo para entibiar tu cuerpo.

O no, y quizá fuiste vencida por algo o por alguien que ya previó por ti un mundo resguardado, donde seas intocable, donde las buenas conciencias te murmuran al oído palabras como estas:

—Estás bien, muchacha, en esta luz blanca y fría de la total amnesia. Mejor vivir así en la absoluta inconsciencia, la tuya y la de todos.



REPORTE DE BÚSQUEDA

Alisma De León

Edad: 7 años

Nacionalidad: mexicana

Género: femenino

Cabello: lacio y negro

Su risa aún suena en el río
que separa la casa de la tienda
conocía el camino de siempre
el camino de piedras y de juegos
¡Mamá!, gritó, voy afuera un rato
Sólo debía regresar antes de
regresar siempre, regresar con el sol
volver sin mayor retraso, dijeron
a las dos, la puerta seguía cerrada
en la mesa, la comida ya fría
y la mamá toma el teléfono
la policía en casa, preguntas
los carteles de Se busca la niña
nuestra niña, se les gratificará

Fecha de desaparición:

8 de enero del 2016, 9:00 a.m.

Lugar de desaparición: Brecha 44
cerca de la escuela Emiliano Zapata

Tez: aperlada

Ojos: color miel, redondos

Nariz: respingada

Boca: pequeña

Se pregunta por un cuerpo, su cuerpo,
cuando en realidad se pregunta por
se suplica y se necesita de
la que existe adentro: su risa
*buscamos unos ojos, un afecto
un corazón que confía en todos
que da la mano al desconocido
que va y se olvida del peligro*
yo la vi por ahí: alguien responde
la vi por última vez en, irse con
sí, aquí estuvo, partió a solas
*y se busca de nuevo una cara
un vestido, unos zapatos negros
una coleta y sus siete años*

Señas particulares:

lunar en mejilla izquierda

Vestimenta: Blusa azul

pantalón de mezclilla

zapatos negros

Estatura: 120 cm

Complexión: delgada

Fue desde hace tres días que no
llega a casa, que no duerme aquí
hace ya tres días que se encuentra
lejos de su *Cenicienta y Mulan*
Dos días desde que los carteles y
dos días desde que su mamá sintió
desde que supo que era cierto que
no estaba, dos desde que le rezó
Un día desde que alguien la vio
la vio ahí, hablando con un hombre
caminaron hacia allá, seguro
Una hora desde que encontraron
su cuerpo y sus risas viajaron al
cielo junto a mil pájaros negros

ACERCA DE LAS AUTORAS

Nidia Cuan (Tampico, Tamaulipas, 1983). Licenciada en Letras Hispánicas por la Universidad Veracruzana y Maestra en Letras por la Universidad Nacional Autónoma de México. Reside en Mérida, Yucatán, desde 2013. Forma parte del Colectivo Tranvía. Es autora de los libros *Señas particulares* (Premio Dolores Castro 2016) y *Las cartas que no leí* (Sedeculta, Mérida, 2016). Textos suyos, tanto de creación como de investigación, han aparecido en diversas revistas y publicaciones periódicas.



Alisma De León (Reynosa, Tamaulipas, 1974). Ha impartido talleres, lecturas en voz alta y es colaboradora y editora en #EnjambreLiterario y Tranvía Colectivo. Participó en el libro *Rigo es amor, una rocola a dieciséis voces*, bajo la coordinación de Cristina Rivera Garza (Tusquets 2013). Autora del libro de cuentos *Mariposa negra* (ITCA, 2014) y la novela *Tan fácil como contar hasta diez* (Ediciones del Ermitaño, 2018).



Mónica Flores Lobato. (Ciudad de México). Comunicóloga, guionista y divulgadora científica. Ha trabajado como editora y colaboradora en diversos medios. Obtuvo el Premio Nacional de Periodismo en Salud en 2004 y 2006. Mención honorífica en el Concurso Mundial de Periodismo Oncológico, 2005. Premio Latinoamericano de Periodismo Cardiovascular, 2007. Desde 2016 escribe estación *Tormenta*, en *Tranvía Colectivo*.



Abby García Salinas (Nuevo Laredo, Tamaulipas, 1987). Vivió su adolescencia en Reynosa y ahora radica en Monterrey. Ha colaborado en diversos medios digitales. Escribe en *Tranvía Colectivo*.



Lolbé González Arceo (Mérida, Yucatán, 1986). Es maestra en Psicología Clínica por la Universidad Autónoma de Yucatán y obtuvo el título de Técnico en Creación Literaria por parte del Centro Estatal de Bellas Artes donde actualmente se desempeña como profesora. Participa en *Tranvía Colectivo*.



Catalina Kühne Peimbert (Ciudad de México, 1971). Autora de los cuentos infantiles *El mismo que viste y calza*, *Iguanas Ranas*, *Al pie de la Letra*, *Una vez en la Tierra*, *Ni un pelo de tinto*, *Copil, el corazón de México* y la novela juvenil *Alas como cuchillos*. Ha publicado los cuentos *Pequeños cuartos en renta para llorar*, *Al fin sola* y la *Epopeya de los pezones fugitivos*, premiados en diversos concursos.



Karla Marrufo (Mérida, Yucatán, 1982). Dra. en Literatura Hispanoamericana. Se dedica a la investigación y a la creación literaria. Algunas de sus publicaciones son: *Mayo*, novela ganadora del “Dolores Castro” en 2014; *La ciudad en ti*, premio “José Díaz Bolio” de poesía en 2016; *Arquitecturas de lo invisible, crónicas de la ciudad de Mérida*; y *Variaciones sobre una misma espera*, libro de poesía publicado en 2010, entre otros. Colabora semanalmente en *Tranvía Colectivo*.



Graciela Ramos Domínguez (Reynosa, Tamaulipas). Ha publicado varios libros y recibido preseas tanto en la escritura como en las artes plásticas. Coordina Talleres de Escritura desde 1996. Ama la gastronomía, el cine, la traducción y la lectura. Su trabajo diario en esta tierra, le da ese acendrado arraigo y su reconocida resistencia fronteriza mexicana.



Sara Uribe (Querétaro, Qro., 1978). Desde 1996 radica en Tamaulipas. Licenciada en Filosofía. Premio Regional de Poesía Carmen Alardín 2004, Premio Nacional de Poesía Tijuana 2005 y Premio Nacional de Poesía Clemente López Trujillo 2005. Becaria del FONCA, 2006-2007 y del PECDA, 2010 y 2013. Ha publicado: *Lo que no imaginas* (CONARTE, 2005); *Palabras más palabras menos* (IMAC, 2006); *Nunca quise detener el tiempo* (ITCA, 2008); *Goliat* (Letras de pasto verde, 2009); *Magnitud* –en coautoría con Marco Antonio Huerta– (Gusanos de la nada, 2012); *Antígona González* (Sur+, 2012) y *Siam* (FETA, 2012). Poemas suyos han aparecido en publicaciones periódicas y antologías de México, Perú, España, Canadá y Estados Unidos.

ÍNDICE

Prólogo	
Reescribimos desde nuestros cuerpos	
<i>Sara Uribe</i>	7
Ya no me quedan ojos azules	
<i>Catalina Kühne Peimbert</i>	11
Testimonios del intento	
<i>Abigail García Salinas</i>	21
Patada al hígado	
<i>Lolbé González Arceo</i>	31
La otra manzana de la discordia	
<i>Karla Marrufo</i>	41
El verano del sol negro	
<i>Mónica Flores Lobato</i>	57
Todos los meses febrero	
<i>Nidia Cuan</i>	65
Luz blanca sobre muchacha de la frontera	
<i>Graciela Ramos Domínguez</i>	75
Reporte de búsqueda	
<i>Alisma De León</i>	81
Acerca de las autoras	85



¿Qué surge en la escritura de las mujeres cuando se proponen hablar de y desde su cuerpo? ¿Cómo serían esos textos? Esas fueron las preguntas que se plantearon las autoras del colectivo Tranvía como detonador narrativo. Los abordajes fueron diversos: realistas, fantásticos, poéticos; la exploración de una pregunta se expandió en la imaginación de cada una. El resultado es un conjunto de cuentos que presentan a un cuerpo donde lo que no funciona, cambia. Son textos como cuerpos que, también, se disuelven. En donde encontramos desde una muy particular forma de echar raíces hasta una deconstrucción corporal hilarante, cada historia nos invita a habitarla y preguntarnos con la autora ¿hacia dónde miraremos esta vez? ¿Hacia dónde quieres que mire?

Tranvía Colectivo nace en Tamaulipas, en el año 2015, con el objetivo de escribir desde varios puntos de un mismo México y el deseo de explorar temas que nos permitieran dialogar con el otro, sin importar su ubicación geográfica. Así, el colectivo quedó conformado por mujeres que escriben desde Reynosa, Monterrey, Mérida y Ciudad de México. Al saber que la escritura se ve afectada por el entorno, escribimos para entenderlo e iniciar una conversación desde un tranvía en el que vamos todos. *La disolución del cuerpo* es nuestro primer libro de cuentos.